

CAPITULO PRIMERO.

Necesidad de atender en la educación á la cultura del sentimiento estético.

Consideración de la cultura del sentimiento estético como parte obligada de una educación verdadera, y como tal completa. — El principio de la integridad como ley pedagógica: sus consecuencias en los programas escolares. — Aplicación de esta ley á la cultura de la sensibilidad considerada en sus relaciones con las demás facultades humanas y en su interior contenido. — Consecuencia para la de los sentimientos superiores, entre los que se clasifica el llamado estético. — El gusto y el amor de lo bello como facultad propia y espontánea de nuestra naturaleza. — Sus manifestaciones instintivas en los niños. — Idem en los pueblos primitivos y salvajes. — Necesidad de que la educación atienda al cultivo del sentimiento estético á la vez que al de las demás facultades. — Conexiones entre lo bello, y lo bueno y lo verdadero. — Relaciones entre dicho sentimiento y la fantasía. — Lo bello como alimento y medio de cultura de esta facultad. — Conclusiones generales.

Aun sin tener en cuenta la doctrina bosquejada en la Introducción que precede, de la trascendencia lógica y moral del sentimiento estético, se impone la cultura de éste como consecuencia obligada de toda educación que aspire realmente á formar hombres, á preparar á éstos para vivir la vida completa, como dice Spencer, y que, en lo tanto, atienda por igual á todas las energías que tejen la complicada trama de nuestra naturaleza, y de cuyo adecuado desenvol-

vimiento depende que la educación sea en verdad aprendizaje de la vida, como todos los pedagogos están contestes en declarar.

Es aforismo pedagógico, que el sentido culto de nuestro tiempo estima como ley imperiosa (por más que en la práctica sea negada con lamentable insistencia), que no puede considerarse como verdadera educación la que entre sus caracteres fundamentales no ostenta el de ser integral ó completa; con lo cual se declara *ipso facto* que en la labor compleja y por todo extremo delicada de educar al niño, que vale tanto como formar al hombre, precisa atender á todas y cada una de las manifestaciones de su naturaleza, que surgiendo del fondo mismo de ella, la integran y contribuyen á su realización y manifestación, y son los medios con que contamos para vivir la vida completa y cumplir los fines que dentro de ella se ofrecen á nuestra actividad. A excitar, desenvolver, dirigir y disciplinar ésta en sus múltiples esferas y direcciones, al intento de que en vez de agostarse en la inacción, sean todas nuestras energías colaboradores activos en la obra de nuestra existencia y no quede ninguna de ellas extraña á los fines comunes de la misma, ni ninguno de éstos sin realizar, tiende el precepto mencionado de que la educación sea integral ó completa.

Mediante esta ley, que cada día gana más terreno en el campo de la teoría y ya empieza á trascender á la práctica, aunque lentamente, se explica en cierto modo (y no lo afirmamos en absoluto por la parte que en ello se debe á las irracionales exigencias del histórico intelectualismo) el aumento de asignaturas que de algún tiempo á esta parte se observa en los programas escolares de todos los países, al punto de haber infundido serios temores, aun á los que más blasonan de reformistas, y por ello haber suscitado

críticas más ó menos razonables (1). Como quiera que sea, no puede desconocerse que al reconocimiento de dicha ley se debe principalmente la introducción en la escuela primaria de algunas enseñanzas, como, por ejemplo, el Dibujo y la Música, la Literatura y el Trabajo manual, así como la mayor atención que empieza á prestarse á los ejercicios corporales y á los recreos.

Si la sensibilidad es un modo de actividad, una de nuestras actividades específicas, sin la que no cabe pensar la existencia de nuestro sér, al que contribuye á integrar con las demás actividades y por igual que ellas, se impone por el sentido común mismo la necesidad de que todos sus fenómenos, cuantos elementos constituyen la vida afectiva ó del sentir, reciban adecuada dirección, sean convenientemente cultivados, al intento de que adquieran la perfección

(1) Lo que los franceses llaman *surmenage* (exceso de trabajo) es como la divisa que sirve de enseña en todas partes, particularmente en Francia, á los que, sobre todo en nombre de la Higiene, protestan contra el creciente recargo de los programas escolares, á que se atribuye todo el lúgubre cortejo de meningitis, neurosis, tuberculosis, miopías, escoliosis, etc., que acompaña á la población escolar de todos los países. Sin negar el fondo de verdad que hay en atribuir al exceso de trabajo intelectual la producción de semejantes males, pensamos que éstos se deben en su mayoría, más que al número de las asignaturas que figuran en dichos programas, á la manera como se explican, por lo común, al abuso de las lecciones de memoria, al trabajo que se encarga á los alumnos para que lo desempeñen en sus casas, al método, en una palabra, en que se mira ante todo á que los niños aprendan mucho y pronto, y no á los medios adecuados de hacerlo en relación con el estado y las fuerzas del que aprende, al que se somete á una pasividad por todo extremo deplorable. En esto, en el afán de querer dar mucho y fuera de sazón de cada una de las asignaturas, siguiendo procedimientos abstractos, dogmáticos, memoristas y verbalistas, y en la falta de recreos y ejercicios corporales, es donde debe buscarse la causa ocasional de los estragos que hace en la escuela primaria el *surmenage*, que indudablemente son dignos de que se fije en ellos la atención, é imperiosamente reclaman pronto y eficaz remedio.

de que sean capaces, y siendo por ello lo que deben ser, cooperen con los demás elementos de nuestra naturaleza, y lo hagan en armonioso concierto, á ponernos en condiciones favorables para realizar nuestra vida y cumplir nuestro destino de la mejor manera posible. En esto se funda la educación de la sensibilidad, como la de la inteligencia, la de la voluntad y la del cuerpo. Descuidar cualquiera de ellas, vale tanto como dejar manca la obra total de nuestra educación, que además de imperfecta, quedaría esencialmente viciada, pues que no podrá menos de resentirse de la falta de equilibrio y de armonía que resulta como consecuencia obligada cuando se cultiva la inteligencia y se descuida el desarrollo del sentimiento y la voluntad, y viceversa, ó se ejercitan las energías espirituales y se dejan en la inacción las corporales.

Afirmación análoga cabe hacer por lo que respecta á la sensibilidad particularmente considerada. Entre todos los elementos que constituyen, realizan y expresan la vida afectiva, existe el mismo enlace, igual compenetración y reciprocidad, que el análisis más somero advierte entre el cuerpo y el espíritu, y entre la inteligencia, la voluntad y el sentimiento. Por virtud de semejante hecho, se influyen mutuamente, en sentido positivo unas veces y negativo otras, todos los fenómenos del sentir (las diversas sensaciones, los sentimientos en sus varias clases, los instintos por que éstos se anuncian), por lo cual necesita la educación cuidarse de todos, no sólo por lo que cada uno es en sí y vale y representa aisladamente, sino mirando también á la influencia que ejerce sobre los demás, y á los beneficios ó daños que puede reportarles. Resulta de esto que la educación de la sensibilidad debe revestir el mismo carácter de orgánica que la de nuestro sér, y que

como en todo éste se da asimismo en la esfera particular del sentir.

Se impone por esto la necesidad de no dejar huérfana de cuidados ninguna de las manifestaciones de la sensibilidad, ora consistan en sensaciones, ora en sentimientos, bien en las inclinaciones ó instintos precursores de éstos. En cuanto á los sentimientos, procedan del placer ó del dolor, sean nobles ó bajos, deban su filiación á la tendencia personal ó á la social, se resuelvan en pasiones ó se produzcan en forma de ese valor moral denominado ánimo, de todos hay que preocuparse igualmente para excitarlos ó contenerlos dentro de sus justos límites, desenvolverlos ó disciplinarlos, según los casos; ya sea negativa, ya positivamente, la educación no debe dejar de ejercer su acción saludable sobre todos y cada uno de ellos.

Dado el sentido que entrañan estas someras indicaciones, apenas si hay para qué afirmar el deber imperioso que se impone á los educadores de cultivar con ahinco los sentimientos llamados superiores (1), entre los que figura el amor á lo bello, ó sea el gusto ó el sentimiento estético, que, como hemos visto, constituye la cualidad inherente y culminante del sentimiento en general, la eflorescencia del sentir.

La facultad de sentir lo bello es tan propia y espontánea de nuestra naturaleza como la de pensar y la de querer. Negar que en el fondo del corazón humano palpita el amor á lo bello, existe una aspiración incesante á gustar los inefables goces que proporciona la belleza y aun á realizarla, equivale á

(1) Se clasifican generalmente como sentimientos superiores el amor á lo verdadero, el gusto de lo bello (estético), el amor al bien, el sentimiento religioso y el jurídico.

rebajar la condición del hombre aun por debajo de la de los animales, que, según ciertos observadores, ofrecen indicios de un como vago sentimiento de la belleza (la Psicología experimental y comparada ha hecho y hace á este respecto preciosas revelaciones). Y lo que resulta evidentemente indudable es que los niños muestran desde su más tierna edad lo que podríamos llamar el *instinto de lo bello*, revelado por la inclinación que irresistiblemente les lleva á preferir siempre lo más agradable, lo más bonito, lo bello, en una palabra. Las que Spencer llama, con harto buen sentido, «florencia de la vida civilizada», las emociones estéticas, anidan ya en el alma de los niños más pequeños, y aunque vaga y tímidamente, revelan la existencia de la facultad á que nos referimos, de la que son esbozos ó preludios las afectaciones que los pequeñuelos sienten por los animales, sus preferencias y simpatías por las personas de rostro fresco y agradable, su afición por las estampas, la poesía y la música, así como por el dibujo y la construcción, y, para no hacer más indicaciones, su propensión á lo dramático, que con tanta gentileza remedan de continuo en sus juegos. En todo esto hacen por lo menos la distinción, siquiera sea confusa, de lo que es bello y de lo que es feo, y con ello dan testimonio elocuente de que late en sus tiernos corazones y pugna por revelarse y ser satisfecho el sentimiento estético, el sentido de la belleza.

Estos como anhelos del niño á gustar y expresar lo bello, representan respecto de la facultad estética, lo que los instintos de curiosidad y de imitación, por ejemplo, respecto de la inteligencia, que son como acicates que impulsan su desarrollo; y es que, cual todas las facultades humanas, la de sentir lo bello tiene también sus instintos que la preludian, esbozan y ofrecen pasto á su actividad, en los albores,

al menos, de la vida; por eso considera Fröbel los instintos como las raíces de todo desenvolvimiento, y aconseja con insistencia que se cultiven cuidadosamente.

El sentimiento de lo bello constituye, pues, una facultad propia é inherente de la naturaleza humana (1), que tiene sus manifestaciones espontáneas ó instintivas, así en la infancia del hombre como en la de los pueblos, pues sabido es que aun los más primitivos de éstos, mostraron, como muestran hoy las tribus salvajes, señalada propensión al adorno de sus personas. Prueba de ello es, entre otras que suministran los estudios prehistóricos y etnográficos, el *tatuage* (pintura del cuerpo, grabada en la piel) que aun en su expresión más rudimentaria (la mera y grotesca pintura), realizaron los pueblos primitivos con arreglo á determinados conceptos de la belleza, y constituye la primera manifestación del arte del dibujo, ó mejor dicho, del arte en general, pues durante mucho tiempo sólo en el afán de adornarse en-

(1) Esta facultad es signo evidente de los atributos que distinguen al hombre de los animales, dándole superioridad sobre éstos, los cuales si realizan alguna vez lo bello, no lo hacen conscientemente, por el placer que pueda proporcionarles, como sucede en el hombre. "El animal posee la industria, á veces una industria tan sabia y complicada que nos confunde. Ved las largas galerías del topo, los diques de los castores, los admirables encajes de la araña, la regularidad geométrica de una colmena de abejas y otros mil ejemplos de la habilidad de los animales. Pero si estos son á veces tan industriosos como un hábil ingeniero, casi nunca son artistas. Rara vez los veréis adornar su morada, entregarse á un trabajo inútil por el solo placer de hacer una cosa agradable ó bella. Por el contrario, el hombre más grosero, el negro de África, el piel-roja americano, el indígena de las selvas austrálicas, el habitante del Polo, realiza el arte á su manera., ELIE PECAUT et CHARLES BAUDE. *L'Art. Simples Entretiens à l'usage des écoles primaires. Ouvrage honoré d'une souscription du Ministère de l'Instruction publique.* Paris, V^{te} P. Larouse et C^{ie}, Editeurs. Un volumen de 238 págs y 127 grabados.

contró el hombre motivo para sus recreaciones (1). En la niñez del hombre como en la de la humanidad, agita ya el corazón humano el anhelo de contemplar y realizar la belleza, anhelo que llegada la época de la reflexión, se traduce en formas más ricas y variadas y se ostenta vigoroso con todos los caracteres de una facultad específica dotada de propia realidad, que anima la vida toda llenándola de atractivos y ofreciendo al alma deleites puros é inagotables.

No parece que sea preciso aducir nuevas razones en justificación de la necesidad de que la educación atienda al cultivo del sentimiento estético á la vez que al de las demás energías espirituales y corpóreas; negar semejante cultura es, como afirma un escritor contemporáneo, «restringir el campo de la educación, mutilar la naturaleza humana.» (2) Recordemos, sin embargo, lo dicho en la Introducción acer-

(1) REULEAUX. *Los grandes inventos*. Traducción de la 8.^a edición alemana por Federico Gillman (obra en publicación). Madrid, Gras y Compañía.—Tomo I, 1888. «El hombre primitivo que construyó el primer abrigo, obedeció á una necesidad material, la de protegerse contra las intemperies y contra todo ataque; pero trató en seguida de embellecer su abrigo, y, haciéndolo, obedeció á una necesidad moral, innata en el hombre: la aspiración hacia lo bello. Haciendo ese mismo hombre un vaso con arcilla, se acordó de las formas que había visto en las plantas, las flores, los frutos, y modificándolas más ó menos, consiguió el fin que se había propuesto. El sueño que perseguía era el ideal, como se ha dicho muy bien; pero el medio que empleara para realizarlo fué la imitación de una cosa real.... ¡Ved los instrumentos groseros de los salvajes, de esos hombres cuya vida es tan dura y cuyos apetitos intelectuales son tan limitados! Él ha necesitado más trabajo para adornarlos que para ponerlos en estado de que le sirvan., EDMOND GUILLAUME. *L'Histoire de l'art et de l'ornement*. Paris, Delagrave, 1886. Este interesante trabajo, ilustrado con preciosas láminas fotografiadas y publicado por el Museo pedagógico de Paris en la colección de sus Memorias y Documentos escolares, es una Conferencia que dió el autor á los aspirantes á la Enseñanza del Dibujo en las Escuelas Normales.

(2) PAUL ROUSSELOT. *Pedagogie á l'usage de l'enseignement primaire*. Paris, Delagrave, 1881.

ca de la trascendencia lógica y moral, del valor pedagógico y educativo de la belleza. Sin identificarla, como hacían los estoicos, con la virtud, es lo cierto que lo bello y lo bueno tienen entre sí múltiples conexiones; de aquí el hecho de que la educación moral se realice en gran parte por la cultura de dicho sentimiento. Habituarse á las personas á comprender y á amar lo bello, intelectual ó moral, equivale á habituarlas á conocer y amar lo bueno en una ú otra esfera. Esto nos recuerda también las conexiones que existen entre la belleza y la verdad, punto respecto del que hemos hecho las suficientes indicaciones en el lugar citado, si bien nos resta considerarlo en un aspecto especial que reviste señalada importancia. Nos referimos á las relaciones que existen entre el sentimiento estético y la facultad intelectual denominada imaginación ó fantasía.

Se relaciona esta facultad más particularmente con la clase de percepciones y de emociones llamadas estéticas, por lo que toma una gran parte en la producción de lo bello intelectual, que sensibiliza mediante las obras artísticas, en las que desempeña el papel principal la imaginación dicha creadora, poética y también *estética*. En este sentido, es decir, aplicada á la actividad artística, difunde y vulgariza la contemplación de la belleza, la que á su vez es, como se ha dicho, «el alimento natural de una sana imaginación.» Por esto dice el autor cuya es esta cita: «El fin que todo joven debe procurar sistemáticamente conseguir, no es el saber en general, cualquier saber, sino la ciencia de lo que es grande, bello y bueno; este fin no se logrará en lo que á la imaginación concierne, más que poniendo mucho cuidado en la cultura estética. En otros términos: la Poesía, la Pintura, la Música y, en general, las Bellas Artes, que preferentemente expresan lo bello ó

lo sublime en sus varios aspectos, no constituyen ornatos accesorios: son la flor más suave de un alma cultivada.» (1) Resulta de esto y se halla en la naturaleza misma de las cosas, que la educación positiva de la imaginación, al menos en cuanto se trate de la creadora, debe realizarse en gran parte suministrando á esta facultad el alimento natural y necesario, que consiste en la contemplación y el estudio de las cosas bellas de todas clases. Y no se olvide, para dar á este precepto toda la importancia que tiene, que por más que sea considerada con cierta razón como *la loca de la casa*, la fantasía influye sobremanera, negativa ó positivamente, en toda nuestra vida, en la que, bien dirigida, puede tener aplicaciones fecundísimas: la Ciencia, el Arte, la Moral, le deben sus medios de expresión más insinuantes y sus más enérgicos resortes.

Pensando en las conexiones tan íntimas que tienen entre sí la fantasía y la belleza, es como más puede asentirse á la afirmación que se ha hecho, moldeándola en el ya citado aforismo de Platón, de que «lo bello apenas es otra cosa que lo verdadero hecho sensible, viviente y parlante á la imaginación y al carazón», por donde se justifica este precepto recomendado por el gran poeta Schiller, que hoy constituye un aforismo pedagógico de múltiples y fecundas aplicaciones en la práctica de la educación:

(1) JOHN STUART BLACKIE. *L'éducation de soi-même*. (Trad. del inglés al francés por F. Pécaut). Paris, Hachette et C^{ie}, 1881. Coincidiendo con el sentido de este autor, dice M. E. de la HAUTIERE (*Cours de Psychologie élémentaire appliquée à l'éducation*: Paris, Garnier frères, 1888): "Nada tiene más atractivo para la imaginación que lo bello, ni tampoco es más propio para cultivarla que la educación estética por la Literatura y las Bellas Artes. Se enseñan á los niños fábulas y buenos versos, el Canto, el Dibujo, lo cual no es superfluo: formando su gusto se forma su razón, se eleva y se ennoblece su alma haciendo penetrar en ella algún rayo del ideal.,

«Desde la infancia rodead al hombre de las más bellas formas intelectuales y encerrádselas en imágenes de la belleza perfecta»; principio que entraña el de la enseñanza y la educación atractivas (educar atrayendo é instruir recreando), y que se impone además por virtud del influjo que la sensibilidad ejerce sobre todas las inclinaciones, tendencias y facultades del niño, todas las cuales se despiertan é inician por ella. De aquí se origina también el principio, no menos fecundo en aplicaciones prácticas y en resultados positivos para la educación y la enseñanza, de la intuición, tenida hoy como base y nervio de toda cultura, principalmente tratándose de la niñez.

Cualquiera que sea, pues, el punto de vista desde que se considere el sentimiento estético, no puede menos de convenirse en la necesidad de cultivarlo. Ya se le tome en sí mismo, ora en sus relaciones con la sensibilidad toda, con la voluntad y la inteligencia, ó bien en su valor real y positivo para la vida, siempre se vendrá á parar á la misma conclusión, la cual se impone con tanto más motivo cuanto que á la inmensa mayoría de las personas no es dado llegar por sí mismos, sin semejante cultura. á gustar lo bello intelectual ó moral, lo que en todo caso es hoy patrimonio exclusivo de muy pocos individuos. Las bellezas que enseñan las obras de la Naturaleza y del Arte, sólo pueden ser apreciadas y sentidas por los que tienen cultivado el gusto, salvo raras excepciones que constituyen un verdadero privilegio, que á la educación corresponde generalizar lo posible, ya que no lo haga desaparecer por completo. Para obtener tamaño resultado, ó al menos aproximarse mucho á él, lo más seguro es atender en la medida adecuada á la cultura del sentimiento de lo bello en la educación primaria y, por lo tanto, en la Escuela.

CAPÍTULO II.

El pasado y el presente de la educación estética.

Deficiencia con que en lo general se atiende á la educación estética.— La cultura del sentimiento de lo bello en la antigüedad.— Importancia que concedieron los griegos á esta cultura en su sistema de educación.— El culto de la belleza en Atenas y Esparta.— La educación estética en Roma y durante la Edad Media.— Renacimiento que se nota actualmente en las costumbres á favor de la cultura estética.— Señales que lo atestiguan.— Resonancia que tiene esta dirección en la escuela primaria.— Medios por que se hace ostensible.— Indicaciones de lo que debe hacerse para aprovechar semejante movimiento en favor de la educación de la niñez.

No obstante la importancia que, según lo expuesto en las páginas que preceden, tiene la cultura del sentimiento estético, siquiera se la considere sólo como un elemento de la educación en general y medio de asegurar el bienestar y la perfección relativa de la persona humana, es lo cierto que se halla todavía bastante desatendida en nuestras costumbres (por más que de algunos años á esta parte haya ganado en ellas bastante terreno) y particularmente en la escuela primaria.

En esto, como en todo cuanto atañe á la realización de la belleza, hay que volver la vista á la antigüedad pagana, y pararla en el hermoso ejemplo que nos ofrece el pueblo griego, que es el que ha

escrito la más interesante y bella página en el gran libro de la Historia del Arte (1). Se debe más al pueblo helénico: hacer lugar preferente en la educación de sus hijos y dar en ella una preponderancia, que á veces rayó en lo exagerado, á la cultura artística, á la cultura del sentimiento estético en general.

Recuérdese lo que hemos dicho en las páginas precedentes acerca de la trascendencia moral de la belleza. Ningún pueblo rindió culto á este principio con el entusiasmo y la decisión que lo hiciera el pueblo griego, el cual contó con el Arte, más aún que con la Religión, para moralizar á los hombres. Así se comprende, por ejemplo, que la educación moral en Atenas fuese ante todo una educación estética, en el sentido restringido con que aquí la tomamos (cultura del sentimiento de lo bello), y se explica que Platón dijera, como ya hemos visto, que el alma se eleva al bien por lo bello, y considerase el Arte como un escalón de la virtud. Verdad es que en la misma manera de definir la educación, revela ya el gran maestro de la filosofía griega la importancia suma que concede en aquélla al elemento estético: «La buena educación, dice, es la que da al cuerpo y al alma *toda la belleza*, toda la perfección de que son capaces.» Este sentido, por el que cuando menos se identifica lo bello con la idea de perfección, informa el concepto que de la educación tenían los grandes pensadores de Atenas, para los que, como afirma un escritor contemporáneo, amar las Letras,

(1) «La raza griega ha sido, como sabéis, privilegiada entre todas. A ella debemos la ciencia de las proporciones, la belleza y la unidad del conjunto, la elección admirable de los pormenores, la perfección en la ejecución, todo lo que constituye la creación, la originalidad verdadera; en una palabra, cuanto constituye el genio. El gran Arte europeo comienza con los griegos., EDMOND GUILLAUME. *L'Histoire de l'art et de l'ornement*. (Conferencia ya citada.)

mantener comercio con las Musas, practicar la Música y la Danza, es el camino que naturalmente conduce á la perfección moral (1).

En este culto de los griegos á lo bello, figura como primer elemento la Música, de la que Sócrates consideraba la Filosofía como el punto culminante; bien es verdad que, como advierte el escritor citado, lo que los grandes filósofos griegos denominaban Música, no es otra cosa que lo que hoy llamaríamos arte en general. Pero esto mismo confirma la idea tan elevada que el pueblo helénico tenía de la Música, de la que se valieron los espartanos para popularizar el conocimiento de las leyes de Licurgo, que cantaban en verso á la vez que los poemas de Homero. Porque Temístocles no sabía cantar, tenían los atenienses por descuidada su educación. En Atenas estaban obligados á aprender la Música todos los ciudadanos.

Aunque en ello hubiera limitaciones ó exclusivismos más ó menos acentuados (el mismo Platón excluyó de la educación la Poesía en general y especialmente la Tragedia y la Comedia, como quería que se expulsase á los poetas de la ciudad), es lo cierto que en la educación griega entraba por mucho, desempeñando el principal papel, la cultura estética, que trasciende después á Roma, en donde, como es sabido, predomina la educación espartana durante la república, y prevalece la ateniense en la época de los emperadores. La gran boga y el maravilloso florecimiento que lograron allí la Arquitectura y la Escultura, de cuyos venerandos restos surgen todavía tesoros de bellezas artísticas, que despiertan á raudales emociones estéticas, declaran con avasalladora elo-

(1) COMPAYRE, en estos dos manuales: *Histoire de la Pédagogie y Cours de Pédagogie théorique et pratique*. (Paris. Delaplane.)

cuencia que el gusto por las Bellas Artes se había infiltrado en el corazón del pueblo romano mediante su contacto con los griegos, que se lo inspiraron al exhalar el último hálito de su independencia. Pero fuerza es confesar que en la educación romana, desaparece la tradición estética, que es como la savia que vivifica toda la cultura griega, y que desaparece merced al sentido práctico y utilitario que informa toda la vida de la gran señora del mundo: hacer soldados y adictos y no preocuparse más que de consideraciones de utilidad, desdeñando por lo positivo lo ideal, y mirando más que á formar hombres, ciudadanos; he aquí las piedras angulares sobre que descansa la educación romana, de la que, por lo mismo, se aleja cada vez más el sentido de lo bello, que ahuyenta por completo de los dominios de la pedagogía práctica el huracán que impera en la Edad Media con el entronizamiento de la escolástica y de su consecuencia natural el intelectualismo.

Por más que la tradición artística no se perdiese por completo, y lejos de ello, se reanimase y cobrase nueva savia, merced al hecho histórico que conocemos con el nombre de Renacimiento (aparte de influencias que no hay para qué mencionar aquí), es indudable que apagados los rescoldos de la gran hoguera que caldeaba la educación griega, el elemento estético dejó enteramente de ser considerado en todos los países como parte integrante de la educación nacional, quedando como patrimonio de los privilegiados por la naturaleza ó la fortuna. La educación en que más ó menos y con mejor ó peor sentido se atiende á la cultura del gusto por lo bello, se ha tenido y todavía se tiene por la generalidad como una educación aristocrática, ¡Cómo si ese sentimiento no fuese uno de los caracteres constitutivos de nuestra naturaleza y común á todos los hombres!

Semejante estado de cosas ofrece hoy, sin embargo, un aspecto nuevo, que es augurio cierto de muy halagüeñas esperanzas para un porvenir nada remoto. En todas partes gana terreno el elemento estético, que de día en día se incrusta más en las costumbres y adquiere cada vez más la consideración de un factor indispensable de la vida. Lo que era ayer privilegio casi exclusivo de las clases sociales más acariciadas por la fortuna, ha trascendido á las clases medias, y aunque en menor escala, á las menos acomodadas. Cualesquiera que sean los móviles propulsores de este saludable movimiento, y cualesquiera que sean también las deficiencias que en él se noten, es lo cierto que el amor al Arte, el gusto de lo bello, la afición á disfrutar de los placeres que proporcionan las emociones estéticas, entra por mucho en la manera de ser de nuestras sociedades y constituye una de las notas características de la reforma que al presente se lleva á cabo en la educación de los pueblos.

En prueba de esto que decimos, conviene recordar lo mucho que de algunos años á esta parte se ha generalizado en las clases medias la enseñanza de la Música y del Dibujo. Mientras que la primera es muy común en las familias medianamente acomodadas, sobre todo tratándose de señoritas, la segunda, que cada día se abre más camino entre éstas, atrae á sí á millares de jóvenes de la clase obrera, como lo muestra lo concurridas que están las Escuelas de Artes y Oficios, por no citar otros casos. La boga creciente que alcanzan los conciertos y otros espectáculos musicales, así como los periódicos y libros artísticos ilustrados y las Exposiciones de Bellas Artes, da testimonio harto elocuente del movimiento á que nos referimos; del cual es signo, no menos expresivo, lo mucho que cunde el afán del deco-

rado artístico en el interior de la casa, dándose en él participación á los objetos antiguos y, sobre todo, á la pintura, que cuando no se puede otra cosa, se reemplaza por grabados, fotografías y aun cromos, que por más que á menudo no sean del mejor gusto, revelan al menos inclinación hacia el Arte. El refinamiento con que aun los que no pueden atender al adorno de sus viviendas, si cabe estimarlo en muchos casos como tributo pagado á la vanidad, supone siempre un progreso en sentido artístico, del amor á lo bello, que por estos modos forma parte obligada del *confort*, y al cabo hay que considerarlo como elemento de la educación estética á la vez que como una resultante de la mejora que ésta experimenta á la hora presente, cuyo influjo alcanza hasta á los juguetes de los niños, que cada vez se someten más á los cánones del buen gusto: medio muy adecuado y eficaz, por cierto, de cooperar á la cultura estética de las nacientes generaciones.

Este movimiento ha tenido y tiene su resonancia en la escuela primaria, por más que todavía haya mucho que hacer en ella al respecto que nos ocupa. Aunque con harta lentitud, se concede al Dibujo el lugar que le corresponde en los programas escolares de varios países, considerándolo como materia de cultura general y, en lo tanto, obligatoria en la primera enseñanza. Por esto, lo muy difundido que se halla su conocimiento, á lo que contribuyen eficazmente, con las exigencias cada día mayores de los progresos materiales, las Escuelas de Artes y Oficios antes mencionadas, las de Artes decorativas y aplicadas á la industria, y otras por el estilo que diariamente se crean en todas partes, Respecto de la enseñanza musical puede hacerse análoga afirmación: no sólo en las escuelas de párvulos, en las que desde su creación se ejercita á los niños en el Canto, sino

en algunas elementales y superiores, y especialmente en los colegios particulares de niñas (y por de contado en los institutos, liceos, etc. que existen en el extranjero para la segunda enseñanza de las señoritas) figura la Música como parte integrante de los programas. A esto debe añadirse que en varias escuelas primarias empieza á acentuarse el carácter literario y, por lo mismo, estético de alguno de los ejercicios de lenguaje, mediante la lectura expresiva, el análisis de los trozos que se leen y los trabajos de composición, por ejemplo.

Y no es esto sólo lo que anuncia el lugar que en la escuela primaria se concede, siquiera sea lentamente, á la cultura estética. Al mismo fin responde la dirección que empieza á acentuarse en los sistemas de construcción de los edificios escolares, en los que se mira cada día más á que éstos resulten agradables, con un carácter risueño y todo lo bello posible. La tendencia, muy pronunciada también, á mejorar el material de enseñanza, al respecto de sus condiciones artísticas, desde la carta geográfica al libro de lectura, tiene igual sentido; por lo que asimismo debe estimarse como un medio de contribuir á la educación estética de la niñez. Por último (para no insistir en hechos que en las páginas siguientes tienen lugar adecuado), lo que todos los pedagogos recomiendan con empeño y en no pocas partes se practica, de que se embellezcan las escuelas con plantas y flores, con fotografías y reproducciones artísticas, con láminas hechas *ad hoc* y bien ejecutadas—lo que, como luego veremos, ha originado la industria del decorado de las clases—da motivo para pensar que «la hermosa idea de Bernardino de Saint-Pierre, de adornar las escuelas para fomentar el sentimiento de la belleza en las clases del pueblo, las más pobres y más necesitadas, idea que debía considerar él

como un sueño, empieza ya á tener fórmula práctica.» (1)

Resulta de las consideraciones que preceden, que en las costumbres públicas, como en la escuela primaria, existen corrientes favorables á la cultura estética. Lo que precisa ahora es alentarlas, y encauzarlas debidamente, sistematizarlas, á fin de que lejos de esterilizarse los esfuerzos que suponen, sean fecundas en resultados prácticos. A este intento, es obligado ante todo aprovechar los elementos indicados y otros que señalaremos más adelante, y con unidad de sentido hacerlos converger todos á un mismo fin. Esto se impone más en la escuela, por lo mismo que su influjo ha de trascender á la postre á la vida toda, para la que prepara (ó debe preparar) y por lo mismo también que ella ofrece medios preciosos (sin contar con otros que pueden y deben allegarse) que sólo la incuria ó un concepto erróneo de la educación primaria, ha podido ser causa de que no se utilicen en la práctica,

Mostrar semejantes medios y, al llamar la atención sobre ellos, dar algunas direcciones respecto de la manera de ponerlos al servicio de la cultura estética, á fin de que en un porvenir próximo sea lo que debe ser y desempeñe en la educación de los niños el papel que le corresponde, teniendo en ella toda la eficacia y todo el alcance que le hemos reconocido, es el objeto á que consagramos las páginas que siguen.

(1) Cossío. *Sobre la educación estética*. V. el núm. 258 del "Boletín de la Institución libre de Enseñanza," correspondiente al 15 de Noviembre de 1887.